

REFERENCIAS

I

Don Isidoro Laverde Amaya desempeñó en el campo de la inteligencia todos los oficios imaginables, desde el relato histórico hasta la crítica literaria, pasando por la poesía, la biografía, el teatro, el cuento y el periodismo. En ninguno de ellos dejó de cosechar espléndidos frutos, que de nada le valieron, sin embargo, porque a los pocos años de su muerte, ocurrida en 1903, su nombre se sumió en un completo silencio. Solo de cuando en cuando algún acucioso investigador tropezaba con él en sus pesquisas, y después de despojarlo de sus bienes —auténtico y comprobado saqueo— lo dejaba de nuevo en ese abismal abandono. Sesenta años transcurrieron así, y hubieran transcurrido otros tantos si un bondadoso amigo no pone en nuestras manos los ejemplares de la revista literaria que editó a finales del siglo en Bogotá don Isidoro Laverde, y en cuyas páginas, junto con otros trabajos no menos valiosos, publicó por entregas su “Ojeada Histórico-Crítica sobre los Orígenes de la Literatura Colombiana”, reproducida, también por entregas, en este Boletín, y recogida finalmente en un volumen consagratorio. A tiempo que disfrutábamos de este descubrimiento fuimos informados de que el ilustre bibliógrafo del Instituto Caro y Cuervo, don Rubén Pérez Ortiz, trabajaba en la biografía de don Isidoro y que ya había reunido todo el material necesario para trazar la semblanza del insigne bogotano. El fruto de esa tarea está hoy a la vista de los lectores, y es lo único que hasta el momento existe acerca de ese ignorado personaje. Se observará, al leerlo, que nada se conoce a fondo sobre su vida y sus personales circunstancias, lo que demuestra cómo a pesar del ingente esfuerzo de Pérez Ortiz por sacar a flote la imagen verdadera de don Isidoro éste continúa siendo humanamente un completo misterio.

A Rubén Pérez Ortiz débese, pues, el más afortunado intento hecho hasta ahora por rescatar del olvido al autor de las mejores obras realizadas en el siglo pasado sobre bibliografía colombiana. Que haya sido él, precisamente, quien llevara a término esta tarea no es cosa de sorprender en lo más mínimo, puesto que su actividad intelectual se orientó siempre hacia ese género de disciplinas, dentro de las cuales conquistó también un puesto de excepcional categoría. Uno y otro fueron maestros consumados en la materia, y ambos consagraron por igual a estas áridas disciplinas bibliográficas su asombrosa capacidad de trabajo y sus raras aptitudes para la investigación técnica. Al citar juntos sus nombres se evidencia la profunda identidad que los une como cultivadores de unas mismas formas intelectuales, ya que ambos realizaron las respectivas tareas en un igual plano de servicio a la cultura y de desarrollo de la bibliografía colombiana. La muerte de Pérez Ortiz dejó trunca, sin embargo, la más ambiciosa obra que en este campo se haya intentado en nuestro medio, y que de haberse concluido como él mismo la proyectó habría servido de modelo a todas las que en cualquier latitud se intentaran luego. Los cuatro volúmenes publicados constituyen por sí solos el mejor testimonio de lo que fue su vida, ejemplarmente consagrada al servicio de tal empeño. Al Instituto Caro y Cuervo, que tanto ha hecho por la cultura nacional y por su prestigio exterior, corresponde ahora el compromiso, imponderable y honroso, de llevar adelante la obra inteligentemente iniciada por su ilustre colaborador.